
La crítica de las democracias

A PRIMERA VISTA, POR LO
MENOS, el panorama político

europeo no es nada estimulante.
 Parece que no hubiera personajes

I TRIMESTRE 1995

de visión amplia, de proyectos ambiciosos, cuyas preocupaciones vayan un poco más allá de la simple supervivencia electoral. Es por eso, dicen muchos, que la corrupción crece y que la democracia tiende a enredarse en arenas movedizas. Desaparecieron del horizonte contemporáneo los Charles de Gaulle, los Konrad Adenauer, los Jean Monet. Hombres de la fuerza, de la personalidad, de la inteligencia de Winston Churchill o de Franklin D. Roosevelt pertenecen, por lo visto, a una especie de prehistoria, a un pasado remoto, extinguido quizá para siempre. Jean Monet, constructor de la unidad europea, fue uno de los que sostuvo primero que Europa y Occidente debían empeñarse a fondo para ayudar al Tercer Mundo. Si no hacían las cosas con calma, con anticipación, con una orientación meditada y calculada, tendrían que hacerlas tarde, a toda carrera y bajo el efecto del miedo.

Ahora uno siente que personajes como Charles de Gaulle, como Jean Monet, veían las cosas del mundo actual con notable claridad y no fueron escuchados. También las palabras de François Mitterrand, que será presidente de los franceses hasta la primavera de 1995, suenan extrañamente solitarias, rebotan en un vacío casi absoluto. Mitterrand acaba de hacer hace dos o tres meses en la Unesco un llamado vibrante a ocuparse del desarrollo de los países más pobres, a introducir de nuevo un elemento

humanista, solidario, en las relaciones de Occidente con el mundo periférico. Me pregunto si ha sido escuchado de verdad en alguna parte. Las democracias europeas han continuado obsesionadas por minucias, por cálculos presupuestarios o electorales, aparte de paralizadas por sus muy variados problemas internos. Ahora ya no existen dos clases de países, los ricos y los pobres, sino tres clases: los ricos, que son riquísimos, pero que están erosionados por los más intrincados conflictos; los que se desarrollan, como es el caso de Chile, ¡al menos por el momento!, y que son una minoría reducidísima, y los que están cada día más pobres, los que están sumidos en un estado de hambruna y desesperación que tarde o temprano va a repercutir en todos los demás, una desesperación que es una verdadera bomba de tiempo.

Algunos piensan que durante la guerra fría había más tensión, más exigencia, una competencia entre los dos bloques de poder que producía, a pesar de los peligros y de las crueldades de la situación, ciertos efectos benéficos. Las democracias occidentales estaban obligadas a empeñarse, a dar buen ejemplo, a tratar de atraer a los países en desarrollo. Ahora que terminó el peligro comunista se han adormecido, se han dedicado a la contemplación de su ombligo. Es probable que esta actitud sea un peligro mayor, menos evidente, pero más insidioso.

Sostengo, y mis interlocutores

levantan la cabeza, un tanto perplejos, que antes, hace treinta o más años, estábamos acostumbrados a la crítica marxista de las democracias burguesas: una crítica que sostenía que nuestras libertades públicas eran formales, carentes de contenido concreto y que permitían la perpetuación y la profundización de la injusticia.

Aquella crítica, que llegó a la extrema majadería y al dogmatismo más extremo, hizo crisis y pasó de moda. Todavía se practica en algunos círculos más o menos despistados, pero perdió toda su hegemonía intelectual. Además, en los países latinoamericanos que fueron víctimas de dictaduras, esto es, en la gran mayoría, en casi todos, el esfuerzo por recuperar las libertades nos hizo comprender a fondo y reivindicar las democracias formales, burguesas, que antes habíamos despreciado. El único país latinoamericano que no ha podido seguir este proceso, porque su evolución política está paralizada, es Cuba, pero sospecho que los cubanos de adentro ya empezaron hace rato a entender estos asuntos. Una primera y rápida visión de la película cubana *Fresa y chocolate* no hace más que confirmar esta sospecha mía.

Pues bien, hicimos en nuestra juventud la crítica marxista de las democracias burguesas. Más tarde, en la madurez, en la edad de la razón, para escapar de los regímenes autoritarios, no tuvimos más remedio que hacer la crítica de aquella crítica. Ahora miro hacia el

pasado y no me arrepiento de ninguna de las dos cosas. La crítica de aquellas democracias, con sus blanduras, sus compadrazgos, sus injusticias, era necesaria. Su reivindicación, el recuerdo de las libertades fundacionales, también lo era. Pero ahora terminó la guerra fría, se desplomó el muro de Berlín, y no podemos echarnos tierra a los ojos. Si fuera ruso, creo que sería partidario, a pesar de todo, a pesar de los pesares, de la Administración de Boris Yeltsin. Al menos por el momento. En mi calidad de chileno, pienso que la transición que hemos llevado a cabo es razonable, básicamente correcta, y que la lucha contra la pobreza, contra la distribución injusta, en favor de la educación y de la salud colectivas, son objetivos esenciales, líneas gruesas y a la vez muy claras.

Por último, frente a la situación europea, trato de evitar a toda costa los juicios simplistas. Si fuera de aquí, pienso, sospecho, me imagino que recurriría a los clásicos. Haría la crítica de las democracias existentes basado en las ideas de los fundadores, de los ilustrados; en los ideales de libertad, igualdad, fraternidad. Y trataría de englobar estas nociones dentro de una visión amplia, que incluyera, sin ir más lejos, a las ex colonias. De otro modo, tendría la impresión de que el porvenir del planeta Tierra es, para decir lo menos, mediocre. Para ser más claro, oscuro. ☹

Jorge Edwards